

De esta primera etapa de su vida, que abarca desde 1763 hasta 1771, cabe destacar como acontecimientos más relevantes el concierto ante el rey Luis XV de Francia el 1 de enero de 1764, así como la publicación, ese mismo mes, de sus primeras composiciones (dos sonatas para clave); el concierto en Londres el 27 de abril de ese mismo año ante el rey Jorge III de Inglaterra (país en el que conocerá a uno de los compositores que más influirán en su carrera musical, Johann Christian Bach) y la composición de su primera sinfonía. En 1768 recibió el encargo de su primera ópera, “La finta semplice”, que no pudo estrenarse en Viena debido a las intrigas provocadas por los músicos de la corte. Apenas un año después, el 27 de noviembre de 1769 consiguió su primer puesto oficial, el de concertino de la orquesta de la corte de Salzburgo.

1770 fue un año fundamental para la maduración musical del joven compositor: su padre, consciente de que no iba a poder vivir siempre con la etiqueta de niño prodigio, decidió proporcionarle unos sólidos conocimientos de las técnicas compositivas más avanzadas de su tiempo, por lo que, a principios de enero, viajaron a Milán donde recibió clases de uno de los mejores compositores de la época, Sammartini, que le dio a conocer las últimas innovaciones de un estilo que empezaba a adquirir ya características propias.

El año siguiente marcó una línea divisoria en la vida personal y musical de Mozart, al mismo tiempo que dio lugar a un hito más en su leyenda: a finales de este año fallecía el príncipe arzobispo de Salzburgo Schrattenbach, que facilitó desde el primer momento los viajes de la familia Mozart a cambio del renombre que suponía que los dos niños prodigio estuviesen bajo la protección del principado de Salzburgo, una forma de promocionar el nombre del pequeño estado. Muy diferentes fueron las cosas con el nuevo príncipe, el conde Colloredo, mucho más rígido en el trato hacia sus servidores y cuya relación con los Mozart dará lugar a la imagen de un príncipe tirano que provocó a Mozart de tal modo que este acabó abandonando su servicio en busca de una vida libre. Mucho hay de cierto en este concepto, pero no debemos juzgar la actitud de Colloredo como una traba continua y consciente a su carrera sin tener en cuenta la situación social del músico de la época, de forma que el joven Mozart no dejaba de ser un sirviente más de la Corte, por lo que el trato que recibió fue el de un criado que, a los ojos de un representante del Antiguo Régimen como era el actual príncipe-arzobispo, no dejaba de importunar con continuas peticiones para ausentarse del servicio.

Aun así, los Mozart siguieron viajando (aunque no con la frecuencia y facilidades de antaño), generalmente con motivo del estreno de encargos,